

DE RELIGIÓN ALTERNATIVA A RELIGIÓN ESTABLECIDA

La deconstrucción de la memoria subversiva de la Iglesia de Dios

Habiendo surgido como una religión alternativa en el sur racista de los Estados Unidos a fines del siglo diecinueve (1886), entre campesinos blancos pobres que buscaban reformar a las iglesias establecidas a las que ellos pertenecían¹, la Iglesia de Dios (Cleveland, Tennessee, USA), se fue transformando paulatinamente en una denominación de clase media y adoptó en ese proceso los valores y el estilo de vida de ese sector de la sociedad norteamericana.² Fue dejando así a un lado su pasado revolucionario, su memoria subversiva como religión alternativa, para “americanizarse”. La Iglesia de Dios se convirtió, entonces, en parte del establishment religioso estadounidense, bastante cercano a la visión política-religiosa que el partido republicano tiene sobre la segregación racial, los indocumentados, y las transformaciones sociales y políticas.

Actualmente, la Iglesia de Dios en su versión estadounidense, es una denominación pentecostal dirigida por obispos varones de clase media, blancos, sureños, y políticamente conservadores.³ Una combinación sumamente explosiva en la que, para defender los valores estadounidenses, la religión se mezcla con la política, exaltándose el patriotismo y la defensa del estilo de vida de la sociedad circundante, como si estos fueran revelación directa de Dios y la única forma legítima de compromiso cristiano.⁴ ¿Cómo explicar la transformación del rostro público de esta denominación que en menos de cien años, pasó de religión alternativa a religión establecida, acomodándose así al sistema predominante?

Parte del problema puede explicarse por la lenta penetración de los valores de la clase media estadounidense en la segunda y tercera generación de los miembros de la Iglesia de Dios, quienes habiendo tenido acceso a niveles de educación universitaria y ante la necesidad de ser aceptados en círculos sociales distintos a los que estaban acostumbrados sus antecesores, paso a paso, se fueron aculturando, hasta perder casi completamente sus rasgos distintivos.

Un examen de su historia auroral y de su proceso de burocratización, así como un examen de los efectos que tuvo este proceso en el liderazgo de las iglesias hijas que se establecieron fuera de los Estados Unidos, puede ayudarnos a comprender mejor la situación actual de esta denominación. Puede ayudarnos también a formular los desafíos concretos que se tienen que encarar para que la Iglesia de Dios, desde la óptica del reino de Dios y su justicia, sea un vehículo colectivo de transformación social y política en las distintas realidades históricas en las que está presente actualmente.

¹ Richard Spurling padre y Richard G. Spurling hijo, los dos primeros pastores que tuvo la Iglesia de Dios cuando todavía se llamaba *Christian Union*, provenían de la Missionary Baptist Church del este de Tennessee.

² Allan Anderson, citando a Hollenweger, sostiene lo siguiente sobre este asunto: «La Iglesia [de Dios] adoptó los valores patrióticos de la clase media estadounidense y, en consecuencia, ha pasado de ser una iglesia contestataria “de los pobres”, a ser “una fuerza conservadora de la clase media”...» (Anderson 2004:54). Aunque Hollenweger expreso su punto de vista sobre la Iglesia de Dios hace varias décadas atrás, sin embargo, dice un poco mas de que Anderson acota. De acuerdo a Hollenweger: «...la dependencia potencial de las relaciones de la Church of God y de otros grupos pentecostales similares con respecto a los sectores mas reaccionarios de la sociedad [norteamericana] es grande y tiende a aumentar. Se produjo un notable cambio en las posiciones originales: la Iglesia de los pobres que protestaba contra la institucionalización y el aburguesamiento, se está transformando (por lo menos en los Estados Unidos) en una fuerza burguesa conservadora, mientras las Iglesias tradicionales de repente parecen ser revolucionarias» (Hollenweger 1976:113).

³ Hace varios años atrás, para el caso de las Asambleas de Dios, Gordon Fee afirmaba que: «...la presente generación de pentecostales ha abandonado casi totalmente sus raíces históricas. Tanto por experiencia como por disposición, los primeros pentecostales eran un movimiento laico, donde había muy poco interés en el “clérigo” y todos eran llamados “hermano” y “hermana”. Al mismo tiempo, había un buen número de mujeres que habían sido “ordenadas” para el ministerio. Pero en tres generaciones de las Asambleas de Dios he visto como todo esto ha cambiado... nosotros somos ahora, de facto, una denominación de clérigos... nos hemos convertido en una denominación de blancos, [de] clérigos varones» (Fee 1994:XI).

⁴ Así, por ejemplo, durante la Asamblea General Internacional de la Iglesia de Dios del 2002, tratándose sobre el atentado terrorista del 11 de septiembre del 2001, se aprobó la siguiente resolución: «...nosotros, la Iglesia de Dios, apoyamos al presidente George W. Bush y a los numerosos líderes mundiales que se le han unido con determinación para poner fin a la amenaza terrorista alrededor del mundo...» (Iglesia de Dios 2007:283).

Una memoria subversiva

Varios investigadores han afirmado que los años formativos del movimiento pentecostal norteamericano, antes que simplemente la infancia de este movimiento, tienen que ser vistos como el corazón o la esencia del mismo (Faupel 1996:309; Land 1997:26; Anderson 2004:45). Particularmente, porque en esos años aurales, se tejieron sus características distintivas como una sociedad alternativa a la sociedad predominante y como un movimiento de protesta social y política.

Al respecto, la experiencia de la Apostolic Faith Mission de Azuza Street 312, Los Ángeles, California, puede ser considerada como paradigmática para el movimiento pentecostal norteamericano, ya que se trató de «un movimiento revolucionario en el que los marginados y los desposeídos, fueron tratados como iguales, a pesar de su raza, género, o clase social» (Anderson 2004:45). Fue así, porque en la Apostolic Faith Mission de Azuza Street, «obispos blancos y trabajadores negros, hombres y mujeres, Asiáticos y Mejicanos, profesores blancos y lavanderas negras, fueron iguales» (Hollenweger 1999:41). Como lo señaló Frank Bartleman, uno de los participantes de avivamiento de Los Ángeles, «la división de la línea de color fue borrada por la sangre [de Cristo]... » (Land 1997:17).

Teniendo en cuenta esta experiencia singular, resulta bastante útil también, para el caso de la Iglesia de Dios, rastrear los primeros años de su historia. Un período en la que emergió como un movimiento alternativo a otros movimientos sociales, entre la gente más pobre de los montes Apalaches, al este del Estado de Tennessee y el oeste del Estado de North Carolina. Sobre los orígenes sociales de la Iglesia de Dios, Mickey Crews, ha puntualizado que:

El partido Populista, que se gestó en la Alianza Campesina, fue primariamente un movimiento de los campesinos sureños y del medio-oeste, para promover los intereses de los lugareños. Los campesinos se juntaron a la Iglesia de Dios con el mismo objetivo. En cierto sentido, la Iglesia de Dios le ofreció a los habitantes de los montes Apalaches una alternativa a la ideología Populista, otra forma de interpretar el caótico y velozmente cambiante mundo [de ese tiempo]. A pesar de que no estuvo directamente relacionada con el Populismo, la Iglesia de Dios fue, claramente, un movimiento paralelo. Por supuesto, el carácter y el propósito de ambos diferían de varias maneras. Aunque la Iglesia de Dios tuvo que atender, como el Populismo, las mismas preocupaciones humanas (sentimientos de crisis, inseguridad, y el aislamiento creado por una sociedad en transición), poco de sus adherentes llegaron a ser miembros del partido Populista... (Crews 1990:2).

Más aun, este mismo autor, precisa que:

La Iglesia de Dios hundi6 sus raíces en la religión menos poblada del este de Tennessee y el oeste de North Carolina. Debido a su aislamiento geográfico, los miembros de la Iglesia de Dios tendieron a vivir alejados de la corriente social y política predominante. Precisamente, como [la región de] los Apalaches estuvo en la periferia del Sur, ellos vivieron al margen de la sociedad predominante. La mayoría de los miembros de la iglesia vivieron en las áreas rurales... [...] El estatus vocacional de sus ministros revela también el origen de clase [social] de la Iglesia [de Dios]. La mayoría de los clérigos fueron bivocacionales, predicaban los domingos en la noche, mientras trabajaban durante el día, porque las congregaciones a las que servían no podían pagarles un salario adecuado. Muchos de sus ministros fueron campesinos que a duras penas subsistían. Otros trabajaron para el ferrocarril o para las compañías madereras. La mayoría de estos predicadores luchaban econ6micamente. Buena parte de ellos tenían familias numerosas, algunos tuvieron veinte o mas hijos. La comida, la ropa, y otras necesidades, consumían todo su dinero. Teniendo incluso otro trabajo, no siempre fueron capaces de sostener adecuadamente a sus familias... Estas penurias no fueron solamente una

característica de las familias pastorales, sino también, de los laicos [de la iglesias]... (Crews 1990:5).⁵

A menudo, los líderes actuales de la Iglesia de Dios, se olvidan del origen social de la denominación a la que ellos representan y de las condiciones materiales en las que vivieron los primeros pastores y miembros de la misma. Se olvidan, además, que la iglesia de Dios emergió en una situación de crisis social y política, como un movimiento de protesta social (no solamente como un movimiento religioso) que les ofreció a los pobres y a los marginados de ese tiempo, una vía alternativa dentro de una sociedad en transición. Este pasado, bastante incómodo para aquellos que han optado por acomodarse a la sociedad predominante, no resulta atractivo recordarlo y, menos aun, preservarlo en la memoria colectiva como continuo acicate que los remite a sus humildes orígenes entre los excluidos por el sistema.

La iglesia de Dios nació entre campesinos pobres del sur de los Estados Unidos (Crews 1990:5), la mayoría de sus primeros miembros fueron mujeres (Crews 1990:17; Conn 1996:12)⁶, y sus primeros pastores fueron bivocacionales (Crews 1990:5). Pero eso no fue todo. Como otras denominaciones del pentecostalismo clásico estadounidense, la Iglesia de Dios no puede negar que tuvo también como sello de su identidad primigenia, lo que Hollenweger ha llamado la tradición crítica del pentecostalismo (Hollenweger 1992:7-17).

Cuando emergió en el escenario religioso norteamericano, y hasta la década del cuarenta del siglo veinte, la Iglesia de Dios optó por el pacifismo y fue una iglesia no conformista (Crews 1990:173-176), como lo fueron también otras denominaciones pentecostales norteamericanas como las Asambleas de Dios (Alexander 2007:1-19). Una realidad que fue cambiando cuando, paulatinamente, se fue insertando en la corriente predominante del sector conservador del evangelicalismo norteamericano (Crews 1990:176).⁷

Esta tradición crítica de la Iglesia de Dios, herencia que una autora ha llamado las raíces revolucionarias del pentecostalismo (Johns 1998:69-70), constituye una memoria peligrosa para quienes han optado por americanizar a la Iglesia de Dios.⁸ La han convertido así en un sujeto religioso aséptico frente a problemas sociales cruciales como los miles de indocumentados (muchos de ellos miembros de las iglesias hispanas afiliadas a esta denominación) o a problemas políticos como la intervención militar norteamericana en otros países que afectan incluso a miembros de la Iglesia de Dios en esos lugares de conflicto armado.

⁵ Charles Conn, considerado como el historiador oficial de la iglesia de Dios y cuyo libro *Like a Mighty Army: A History of the Church of God. Definitive Edition 1886-1995*, viene a ser la "historia oficial" de esta denominación. Aunque en su bibliografía menciona el libro de Mickey Crews (Conn 1996:586), curiosamente, no cita ninguna parte del mismo cuando —desde una perspectiva "oficial"— escribe la historia de la iglesia de Dios.

⁶ De los ocho primeros miembros de la Iglesia de Dios, cuando todavía se llamaba *Christian Union*, cinco fueron mujeres: Polly Plemons, Barbara Spurling, Margaret Laftus, Melinda Plemons y Adelina Laftus (Conn 1996:12). Cuando se reorganizó en 1906, denominándose Iglesia de Dios, aproximadamente un tercio de sus miembros fundadores fueron mujeres (Wacker 2001:160). Hasta el día de hoy la inmensa mayoría de los miembros de la Iglesia de Dios son mujeres, sin embargo, ellas no pueden ser ordenadas como Obispos ni tienen asiento en las estructuras de gobierno que son controladas totalmente por los Obispos varones "anglos".

⁷ Crews (1990:146) y Fee (1994:XI) consideran que un momento clave para la inserción de la Iglesia de Dios y de las Asambleas de Dios en la corriente predominante del evangelicalismo norteamericano, fue la participación de estas dos denominaciones pentecostales en la formación de la Asociación Nacional de Evangélicos. La iglesia de Dios se movió, según Crews, hacia el cristianismo de clase media (Crews 1990:146). Y, según Fee, dentro de las Asambleas de Dios, ocurrió una erosión en el área de la iglesia y el ministerio (Fee 1994:XI).

⁸ El mismo proceso ocurrió también en otras denominaciones pentecostales norteamericanas. En palabras de Harvey Cox: «Actualmente, al menos en los Estados Unidos, muchos pentecostales se han acomodado terriblemente a este mundo. Ellos emergieron con una fe que trajo esperanza a los excluidos y a los perdidos. Actualmente, varios de sus representantes más visibles han llegado a ser ostentadamente ricos, y varios de ellos predicán incluso el evangelio de la prosperidad... Los Pentecostales comenzaron como rebeldes antagonistas al status quo, rechazando servir en los ejércitos de esta edad caída, sin embargo, muchos de ellos han llegado a convertirse en apasionados superpatriotas... Ellos emergieron con un compañerismo espiritual radicalmente inclusivo en el que la discriminación racial y de género virtualmente desapareció. Hoy en día, ya no es [necesariamente] así, al menos en la mayoría de las iglesias pentecostales blancas» (Cox 1995:16-17).

A la Iglesia de Dios le ocurrió lo mismo que otros movimientos de reforma que, paulatinamente, se fueron burocratizando y acomodando a la corriente predominante, perdiendo así su calidad de movimiento de reforma espiritual y de transformación social. Con el paso de los años, se fue articulando una forma de gobierno centralizada que concentró el poder en una burocracia que se relacionó de manera autoritaria con los que estaban en los niveles inferiores de la jerarquía establecida. En otras palabras, la forma democrática de gobierno que tuvo en sus inicios cuando todavía se llamaba *Christian Union* y sus miembros se trataban como hermanos y como hermanas en pie de igualdad,⁹ fue dejada a un lado, para establecer una forma de gobierno jerárquica, cuyo correlato fueron la lucha por el poder y la aparición de líderes «autócratas» que buscaron perpetuarse en la cima de la jerarquía religiosa.

Deconstruyendo la memoria subversiva

La Iglesia de Dios comenzó como un movimiento de reforma que anhelaba que las iglesias localizadas en el sur de los Estados Unidos, regresen a la pureza del evangelio de Cristo, dejando a un lado la inercia y el legalismo que las caracterizaba a fines del siglo diecinueve (Conn 1996:9). Sin embargo, cuando el número de sus miembros se fue incrementando y las nuevas generaciones se fueron acomodando a la corriente predominante en la sociedad, los líderes de la Iglesia de Dios tuvieron que adecuar tanto su forma de gobierno como su doctrina y enseñanzas prácticas a la nueva realidad que tenían que encarar (Crews 1990:176).

Así, como ya no se trataba de un pequeño grupo de campesinos blancos pobres, sino de un número creciente de nuevos miembros provenientes principalmente del mundo urbano, cuyas expectativas sociales y políticas eran distintas a las que habían tenido los fundadores. La Iglesia de Dios se fue institucionalizando y burocratizando. Le pasó lo mismo que a las otras denominaciones pentecostales norteamericanas. En palabras de Cheryl Johns, profesora del Seminario Teológico de la Iglesia de Dios en Cleveland, Tennessee:

Estas denominaciones han llegado a institucionalizarse completamente, con un sistema burocrático eficiente, credos bien definidos, y desplazándose hacia una teología conceptual que es aceptable en los círculos evangélicos (Johns 1998:63).¹⁰

Aunque en si mismo, no es nada malo tener un sistema burocrático eficaz y eficiente, sin embargo, se complica la vitalidad y el dinamismo de una iglesia, cuando existe un “círculo vicioso” en la elección de los líderes nacionales e internacionales. “Círculo vicioso” que se forma y se mantiene, cuando los “burócratas eclesiásticos” se enquistan en el poder y no permiten una alternancia en el liderazgo y, menos aun, ser desplazados de los lugares claves de la jerarquía. Entonces, lo que puede gestarse, no es tanto la presencia de una “burocracia ungida”, sino una suerte de “mafia santa” o un “círculo vicioso” en el liderazgo que teje una red de aliados incondicionales que le ayudan a permanecer en el poder por largos períodos. Estos burócratas religiosos, cuando lo creen necesario y conveniente para sus intereses particulares, crean nuevas posiciones o estructuras para mantener contentos y ocupados a los miembros del círculo de poder que eventualmente –hasta una próxima Asamblea General– se alejan del mismo.

⁹ Sobre los cambios que se dieron en la doctrina y en sus enseñanzas, Crews, acota lo siguiente: «En los años posteriores a la segunda Guerra mundial, una generación mas joven y progresista se unió a las filas de la Iglesia de Dios. Muchos de ellos tenían poco conocimiento de su vínculo con la tradición de Santidad. El rigor moral que había dominado en los inicios de la Iglesia [de Dios] comenzó a disiparse. La llegada de estos ciudadanos ayudó a suavizar el choque entre la sociedad urbana y la antigua Iglesia de Dios, cuyos miembros habían sido mayormente del mundo rural. Estos nuevos miembros gastaban dinero en la última moda y en los entretenimientos, y creían que en la vida había algo más que simplemente asistir a la iglesia. En consecuencia, como ellos se acomodaron a la cultura urbana predominante, dejaron a un lado muchas de las marcas características de la santidad y fue decreciendo el énfasis tradicional en la “separación del mundo”...» (Crews 1990:68).

¹⁰ Este parece ser también el punto de vista de Hollenweger quien subraya que: «En Europa y en Norteamérica, el Pentecostalismo se esta convirtiendo rápidamente en la religión de los evangélicos de clase media. Muchos de los elementos que fueron vitales para su emergencia y expansión en el Tercer Mundo están actualmente desapareciendo. Están siendo reemplazados por estructuras eficientes de recaudación de fondos, una eficiente burocracia eclesiástica y una teología pentecostal conceptual. En Europa y en Norteamérica esta teología sigue la tradición evangélica a la cual es añadida la creencia en el bautismo del Espíritu, mayormente, pero no siempre, caracterizada por la “evidencia inicial” de hablar en lenguas» (Hollenweger 1999:40).

Aparte de este problema, la gestación y la presencia de un “círculo vicioso” de burócratas religiosos que no sueltan los hilos del poder, ocurre que los puestos claves de la Iglesia de Dios siempre están ocupados por Obispos “anglos”, mayormente norteamericanos, sureños y políticamente conservadores. En otras palabras, los Obispos que provienen del Sur del mundo, una región en la que la Iglesia de Dios tiene la inmensa mayoría de sus miembros, además de la formalidad de tener voz y voto en las Asambleas Generales, no tienen mayor incidencia en el manejo institucional ni en los círculos de poder de la denominación. Así, el poder real y efectivo, está en manos de los Obispos “anglos” y, especialmente, en aquellos que durante años circulan en los puestos ejecutivos internacionales como si se tratara de su “chacra” particular.

Para los burócratas religiosos enquistados en el poder, los Obispos y los pastores del Sur del mundo, dependientes del Departamento Mundial de Misiones para su nombramiento y para su continuidad como parte del sistema, parecen ser solamente sus “muchachos”. Ellos sirven así como instrumentos útiles para la preservación y para la defensa del sistema del que forman parte. Quizás también en este caso, como lo señaló hace varios años atrás un pastor pentecostal brasileño, ha ocurrido que:

La dependencia de los líderes como auténticos caudillos de la fe produjo dos efectos. Primero, en los creyentes, que semejantes al fenómeno de los esclavos, desarrollaron una dependencia tan profunda por su señor, que pasaron a admirarlo por su tiranía y no osaron nunca confrontarlo... En segundo lugar, los líderes, pasaron a actuar no solo como los codificadores, sino también como inspectores, del comportamiento cristiano. En el pentecostalismo son ellos los que determinan lo que es pecado y lo que no es pecado, legislando desde la indumentaria femenina hasta el ocio... (Gondim 1993:176).

¿Por qué los Obispos “anglos” de la Iglesia de Dios no sueltan los hilos del poder o, en todo caso, por qué no apuestan por un balance de poder en el que en igualdad de condiciones participen los Obispos que provienen del Sur del mundo? Quizás, porque como norteamericanos que han “americanizado” a la Iglesia de Dios, confundiendo la lealtad a una sociedad temporal con un patriotismo y un nacionalismo ciegos y con una defensa cerrada del militarismo, tienen una versión religiosa del mito de la Nación Escogida.¹¹ Si ese es el caso, entonces, se puede comprender un poco mejor –aunque no justificar– porque ellos creen ser los únicos “elegidos” o los únicos “predestinados” para dirigir a la Iglesia de Dios. En consecuencia, los Obispos que provienen del Sur del mundo, solo podrán llegar a los niveles intermedios del liderazgo o tener asiento –siempre en minoría– en los cuerpos ejecutivos, pero nunca podrán ser mayoría en los cuerpos ejecutivos o podrán tener en sus manos el control del poder.

Esta práctica etnocentrista fue trasladada también al campo misionero. Allí se implantó el patrón de gobierno centralizado que produjo no pocos caudillos y caciques que se dedicaron a administrar a las iglesias nacionales como lo hacían los terratenientes con los campesinos que formaban parte de sus haciendas o latifundios.¹² ¡Que lejos estaba todo esto de la tradición crítica del pentecostalismo! ¡Que lejos estaban estas prácticas de la práctica democrática y de respeto mutuo que tuvieron los fundadores de la Iglesia de Dios y del movimiento pentecostal auroral!

¹¹ De acuerdo a Richard Hughes: «Uno de los mitos mas poderosos y persistentes de todos los que los estadounidenses se aplican a si mismos y al país es el que afirma que Estados Unidos es una nación elegida y que sus ciudadanos constituyen un pueblo escogido... Una cosa es decir que los Estados Unidos se consideran excepcionales, pero otra muy diferente es afirmar que se trata de un país excepcional porque Dios ha escogido a dicha nación y a su pueblo para una misión especial en el mundo» (Hughes 2005:43).

¹² Distinta fue la práctica pastoral y misionera de la inmensa mayoría de los pastores y de las iglesias locales cuyo único contacto con la matriz en Cleveland ha sido la literatura que provenía de Editorial Evangélica (la casa de publicaciones conectada con los Ministerios Hispanos de la Iglesia de Dios) y las convenciones regionales o nacionales a las que asistía el Director de Área. Los pastores, mayormente laicos, bivocacionales en ciertos momentos de su ministerio, y ligados al pueblo pobre y oprimido de América Latina, cumplieron con su tarea de difundir el evangelio pentecostal con sus propios recursos y sin contar con el respaldo económico de Cleveland. Las iglesias locales se insertaron en sus realidades misioneras particulares y se autosostienen y se autopropagan, sin seguir necesariamente los lineamientos misioneros diseñados en Cleveland.

Así se fue decostruyendo la memoria subversiva de la Iglesia de Dios. Una memoria subversiva que fue quedando como un “lindo recuerdo”, como un dato del pasado, que no tiene casi nada que decirles a los que actualmente manejan a la denominación como si fuera una empresa trasnacional. Una memoria subversiva que tiene ser recuperada, para que en lugar de los valores de la sociedad de consumo y del capitalismo global, la Iglesia de Dios sea sostenida, modelada e impulsada, por los valores del reino de Dios y su justicia. ¿No fue ese el sueño de sus fundadores?

Los efectos en el campo misionero¹³

Como ya se ha señalado, en el liderazgo que la Iglesia de Dios “sembró” en los países latinoamericanos, liderazgo que todavía depende administrativamente de la matriz en Cleveland, se reprodujo el patrón autoritario de gobierno con todos sus efectos nocivos para el desarrollo de una iglesia culturalmente autóctona, con una teología contextual libre de los esquemas de las corrientes teológicas anglosajonas y con un liderazgo auténticamente nacional y menos sumiso a las determinaciones de Cleveland. Se castró así el potencial transformador inherente al pentecostalismo y se truncó el desarrollo de Iglesias Nacionales autónomas, capaces de decidir por sí mismas el rumbo misionero que tenían que seguir en sus marcos temporales precisos.

La tradición autoritaria que caracteriza a muchos de los países latinoamericanos, unidos al racismo y a la exclusión que son dos de los problemas históricos irresueltos en la región, se visibilizó en luchas internas para ser nombrados Obispos Administrativos y Directores Nacionales de Educación. Aquellos que estaban ya en el liderazgo y los que se creían “elegibles” para esas posiciones de poder, hacían todo lo posible por “agradar” a los líderes internacionales que Cleveland nombraba para que administren las iglesias localizadas en el campo misionero. Fue tejiéndose así una relación de dependencia y sumisión, de «padrinazgos», de “compadrazgos” y de “argollas” nacionales, que obstaculizaron la emergencia de los líderes naturales que contaban con el respaldo mayoritario de los pastores y de las iglesias locales. Una situación que, poco a poco, está cambiando, no tanto porque Cleveland lo promueva, apruebe y aplauda, sino porque las propias bases están rebasando los criterios paternalistas y ejerciendo –de facto– el derecho de elegir sus propias autoridades nacionales, sin imposiciones ni presiones foráneas.

Pocos fueron los casos de líderes nacionales que actuaron de una manera distinta y que a pesar de las restricciones que la forma de gobierno centralizada les imponía, se atrevieron a introducir cambios notables en la formación teológica y en el manejo administrativo de las iglesias locales. Sin embargo, la mayoría de los líderes nacionales, siguieron casi “a pie juntillas” el modelo de liderazgo impuesto desde Cleveland, funcionando como señores territoriales despóticos que atropellaban a los que tenían una opinión distinta a la suya y condenaban al silencio a los que no se sometían a su autoridad omnímoda.

Problemas como el limitado crecimiento numérico que la Iglesia de Dios ha tenido en la inmensa mayoría de los países latinoamericanos¹⁴, la carencia de una reflexión teológica contextual atenta a los cambios en

¹³ Aunque las Iglesias de Dios en América Latina, tienen como promedio alrededor de sesenta años de presencia misionera en sus respectivos países, todavía no son reconocidas ni tratadas como Iglesias Nacionales por las autoridades de Cleveland. Dependen del Departamento Mundial de Misiones, cuyos representantes proponen los nombramientos de los Obispos Nacionales y Territoriales así como de los Directores Nacionales de Educación. Los pastores nacionales, a lo mas, solo tienen el derecho a dar un “voto de preferencia” para la elección de sus autoridades nacionales. Un “voto de preferencia” que es como un suero de “saludo a la bandera”, ya que no significa que su opinión será necesariamente valorada y respetada. Esta dependencia administrativa ha sido nociva para el desarrollo y la expansión de la Iglesia de Dios, entre otras razones, porque genera una suerte de “competencia interna” en el liderazgo nacional y una lucha por el poder que obstaculizan la emergencia de líderes que cuenten con el respaldo de todo los pastores y líderes nacionales, así como la articulación de planes de crecimiento integral de mediano y largo plazo.

¹⁴ Una notable excepción es la Iglesia de Dios en Guatemala, conocida como Iglesia de Dios del Evangelio Completo, que tuvo un extraordinario crecimiento numérico hasta hace poco tiempo atrás. Otra excepción puede ser la Iglesia de Dios en Honduras que tiene actualmente un crecimiento numérico notable. En ambos casos, la explicación para su crecimiento numérico, tan distinto a las Iglesias de Dios en otros países latinoamericanos, se tiene que buscar en los factores internos y externos que posibilitaron dicho crecimiento. Para el caso de Guatemala, dos de los factores externos que pueden explicar el crecimiento numérico de la Iglesia de Dios en ese país, fueron la guerra interna que se dio en ese país en la década del ochenta del siglo veinte y el terremoto que afectó seriamente a una vasta región

la sociedad y en la vida interna de las iglesias locales, la existencia de un liderazgo nacional dependiente e incapaz de expresar y de defender su punto de vista frente a las autoridades de Cleveland, entre otros, reflejan hasta que punto el patrón autoritario de gobierno ha afectado la formación de Iglesias Nacionales con un desarrollo sostenido basado en planes de trabajos tejidos desde su propia realidad misionera.

¿Cómo cambiar esta lamentable situación? ¿Cómo reconstruir la memoria subversiva que se fue desmantelando paso a paso, sin que esto signifique una simple añoranza por el pasado, sino una puesta al día del espíritu que animó a los fundadores de la Iglesia de Dios? ¿Podrá la Iglesia de Dios ser realmente una comunidad de resistencia activa a los valores de la sociedad predominante, como lo fue en sus inicios en los montes Apalaches del sur de los Estados Unidos, cuando emergió como una religión alternativa?

Para reconstruir la memoria subversiva

Si existe una salida a esta situación, la respuesta tiene que surgir del propio seno de la Iglesia de Dios. Particularmente del liderazgo del Sur del mundo que no depende ni ideológicamente ni económicamente de Cleveland y que tiene suficiente conciencia de los cambios estructurales que se requieren para diseñar una nueva cara pública de la Iglesia de Dios, así como de los pastores "anglos" que no han sido contaminados todavía por los valores de la sociedad de consumo y por la búsqueda enfermiza de posiciones de poder. Para que esto sea posible, se tienen que dar ciertos pasos en los que el dialogo Norte-Sur y Sur-Sur, sobre los aspectos sustantivos del gobierno, estructura, disciplina, teología, pastoral, misiones, mayordomía, política y ética social; sea respetuoso, fluido, sincero, claro y justo en todos los niveles.

El tema de la cuota de poder es un punto de dialogo inevitable, si se trata de construir una iglesia que sea realmente internacional, no solo por la presencia de creyentes de diversas culturas, razas, nacionalidades, y trasfondo social y político en el seno de la Iglesia de Dios. Sino también, porque la agenda que se establece y las decisiones que se toman en las Asambleas Generales y en los cuerpos ejecutivos, toman en cuenta las diversas realidades sociales, políticas, culturales, religiosas y económicas, en las que están situadas las Iglesias Nacionales, así como los múltiples desafíos teológicos, éticos y pastorales que ellas tienen que encarar diariamente.

¿Qué significa esto? Si la fuerza misionera gravitante del cristianismo se ha trasladado del Norte al Sur del mundo, una realidad que se constata cuando se examina el crecimiento numérico de la propia Iglesia de Dios en los países del Sur del mundo, ¿no debería darse un balance de poder entre las iglesias del Norte y las del Sur? En otras palabras, el liderazgo internacional de la Iglesia de Dios tendría que estar compuesto por personas de todas las regiones del mundo en la que está presente actualmente la Iglesia de Dios, con cuotas de representatividad que vayan de acuerdo al volumen de los miembros que se tiene en cada región, antes que al poder económico de los países o al color de la piel de los líderes. Todo esto implica entrar en un proceso de reingeniería de la estructura de la Iglesia de Dios, es decir, una completa reestructuración del patrón etnocentrista actual, cuyo correlato será la formación de una iglesia realmente internacional, no solo debido a su composición social, racial y cultural, sino también, porque su cara pública y su liderazgo internacional será una clara expresión de "todas las sangres" que coexisten en su seno.

Para que esto posible, los pastores "anglos" tienen que entender que las iglesias del Sur del mundo, ya no son meros campos misioneros ni simples agencias del Departamento Mundial de Misiones, sino Iglesias Nacionales con iguales derechos y responsabilidades.¹⁵ Así que, dejando a un lado las prácticas etnocentristas actuales, los pastores "anglos" que todavía consideran a los Estados Unidos como la "encarnación" del reino de Dios en la tierra y que están condicionados por los valores culturales de la clase

de Guatemala. Dos factores externos que pueden explicar porque esta denominación creció numéricamente, especialmente, entre los indígenas de Guatemala. Los factores internos fueron la decisión de crear regiones para administrar nacionalmente la denominación, y el nombramiento de líderes de las propias regiones como responsables de velar por las iglesias de esa jurisdicción eclesiástica.

¹⁵ Aquí se tiene que precisar que no se trata de todos los pastores "anglos", ya que conozco a pastores norteamericanos que comparten mi punto de vista sobre esta problemática y que, desde hace varios años atrás, vienen expresando su opinión en forma pública en las Asambleas Generales de la Iglesia de Dios.

media norteamericana y por su teología provincialista, tienen que aprender a mirar a sus colegas del Sur del mundo como iguales, como sujetos, como actores, como compañeros de misión. Antes que como simples receptores de una caridad cristiana mal entendida y que se limita al envío esporádico de dinero, “carne de cañón” para la obra misionera en los países en los cuales ellos no pueden entrar, o “masa de maniobra” para mostrar los resultados numéricos de la “eficiente gestión” de los ejecutivos internacionales. Pero también, los pastores del Sur del mundo, tienen que verse a sí mismos como seres humanos con iguales potencialidades que sus hermanos del Norte del mundo y, por lo tanto, capaces de discutir y de plantear claramente su punto de vista, de “cara a cara”, sin complejo de minoría, con los pastores “anglos”.

En este caso, reconstruir la memoria subversiva de la iglesia de Dios, implica recuperar la relación de compañerismo radicalmente inclusivo que la caracterizó en sus inicios, cuando no había separación entre clero y laicado, y cuando todos –varones y mujeres– participaban activamente en las sesiones de negocios en las que se tomaban decisiones que afectaban a toda la comunidad de discípulos. Lográndose una adecuada representatividad en todos los cuerpos de gobierno de la Iglesia de Dios, si bien puede ser insuficiente como termómetro para medir la dinámica interna de las Iglesias Nacionales, ya que no siempre la opinión de los líderes locales y regionales expresa y refleja la voz de las bases que ellos representan; sin embargo, se pueden construir mejores relaciones de hermandad y apuntar en una misma dirección. ¿Qué se requiere? Decisiones políticas. Es decir, ganas de hacer mejor las cosas, dejando a un lado prejuicios y miedos que solamente conducen a que la Iglesia de Dios ande desfasada de la realidad misionera actual, entre otras razones, porque no sabe escuchar a “todas las voces” que están dentro de ella.

Ciertos cambios que se vienen dando en algunos países latinoamericanos, más allá de los vaivenes de la política eclesiástica de Cleveland, parecen anunciar que desde el Sur del mundo vendrán los cambios significativos que le darán un nuevo rostro público a la Iglesia de Dios. Un ejemplo es suficientemente claro: El lugar de la mujer en la estructura de gobierno y en el ministerio de la iglesia. Mientras que en las últimas Asambleas Generales, todas ellas realizadas en los Estados Unidos, no «pasó» el pedido de la plena ordenación de las mujeres (ellas no pueden ser Obispos). Sin embargo, en países como Uruguay una mujer es miembro del Consejo Nacional de la Iglesia de Dios, en Puerto Rico varias mujeres son miembros del Consejo Nacional de la iglesia de Dios, y en el Perú una mujer es Obispo Administrativo de una de las regiones en las que está dividida administrativamente la Iglesia de Dios. En este mismo país, una mujer es miembro de la Junta Directiva de la Región Lima, y otra mujer es Obispo de Distrito en la Región Lima.

En otras palabras, mientras Cleveland todavía discute si la mujer debe ser o no ordenada plenamente al ministerio, una cuestión todavía crítica para muchos de los pastores “anglos” machistas. Hace rato que este asunto ha dejado de ser un problema para varias de las Iglesias de Dios del Sur del mundo. Esta es otra manera de reconstruir la memoria subversiva de la Iglesia de Dios. Una memoria subversiva que reconoce el lugar de la mujer como creación de Dios, en pie de igualdad con los hombres, como coheredera del reino.

La iglesia de Dios, si quiere ser fiel a su memoria subversiva, tiene que recordar también que en sus orígenes fue un movimiento de reforma religiosa en la que encontraron cabida los campesinos pobres, los harapientos del mundo, los excluidos de la sociedad. Fue en el mundo de los pobres y de los oprimidos que el evangelio pentecostal (Cristo Salva, Sana, Santifica, Bautiza con Espíritu Santo y viene otra vez) encontró cabida y floreció en medio de las tempestades sociales y políticas de un mundo que velozmente se iba transformando.

Para ser fiel a esa memoria subversiva, la Iglesia de Dios, tiene que estar del lado y al lado de las víctimas de las diversas violencias, tiene que caminar junto con los millones de crucificados de este tiempo, tiene que situarse en “la otra orilla” de la historia, tiene que sacar la cara por los indefensos del mundo que el sistema expectora como si fueran objetos desechables. Seguir esa ruta misionera, la ruta que sus fundadores labraron y de la que nunca debió salirse, exige entender que la vida en el Espíritu demanda amar y defender la vida de todos los seres humanos como un regalo invaluable del Dios de la Vida. Pero, especialmente, amar y defender la vida de aquellos que viven en condiciones infrahumanas y que no tienen quien los defienda, porque han sido condenados a vivir en el “estercolero” de la historia.

Darío López R.



Darío López Rodríguez obtuvo su PhD en el Oxford Centre for Mission Studies, Oxford, Reino Unido. Es presidente del Concilio Nacional Evangélico del Perú (CONEP) y miembro del consejo directivo de la FTL; profesor visitante del Church of God Theological Seminary y de Lee University (Cleveland, Tennessee, USA), del Centro de Capacitación Misionera (La Paz, Bolivia), del Seminario Bíblico Gamaliel de la Iglesia de Dios, del Colegio Pentecostal (San Juan, Puerto Rico), del Seminario Sudamericano (Quito, Ecuador); es profesor de la Universidad Bíblica Latinoamericana, Recinto Lima. Pastor de la iglesia Monte Sinaí en Villa María del Triunfo (Lima) de la Iglesia de Dios del Perú y autor de varios libros.

Libros por Darío López R.:

- 6

